

Porque te quiero

Serena Arci

Porque te quiero



Selene Rojas

## Capítulo 1



Las luces daban directamente en mi rostro, mis manos se percibían sudorosas, y yo, me descubría sofocada frente a un gran público de jóvenes.

Hacía más de seis meses que había entregado mi último proyecto de literatura a la profesora. En él, había expresado el hecho más sobresaliente de mi vida, pues la maestra indicó al grupo que teníamos que redactar en tres cuartillas el hecho más sobresaliente que hubiese marcado nuestra vida. Yo pensé en todos y cada uno de ellos, pero solo uno sobresalió de entre tantos...

Yo, soy la única mujer de un joven matrimonio que vive en las afueras de la ciudad de México. Soy, el corazón y la razón de mi madre. Una mujer como nadie y capaz de dar la vida por mí. ¿Y en qué justifico esta afirmación?, pues bien, permítanme declarar.

Cuando mi madre cayó a la idea de que estaba embarazada se lo comentó a mi padre. Él, angustiado le sugirió deshacerse de mí.

—Entiende, Laila. Me es muy difícil mantener a la familia y no es que yo lo desee, sino que no nos lo podemos permitir. Esa creatura no puede nacer.

—¡Ián, por Dios...! ¿Cómo me puedes decir algo así?, sabes que estoy en contra de arrebatarme la vida a un ser indefenso. Tú más que nadie

conoces que no sería capaz de semejante atrocidad.

—Pero, Laila, entiéndeme...

—¡No, Ian, entiende tú! Sé que no deseas más hijos porque consideras que no somos capaces de salir adelante con más pequeños que mantener. Pero te diré —agregó—. Todo en esta vida se puede lograr si se hace por amor.

—¡Oh, Laila!, ¿ya vas a empezar?, no vengas con esa sandez ahora —meneó su cabeza—. ¿Dime cuándo has escuchado que el amor es capaz de alimentar a toda una familia? O cuándo has escuchado que el amor es capaz de sanar a un hombre enfermo, ¿cuándo has escuchado tú que una palabra vasta para dar refugio a niños de la calle? —y resopló hondo mientras se llevaba la mano a la cabeza—. Créeme cariño, vivimos en tiempos difíciles y no en un cuento de hadas como el que imaginas.

Laila lo contempló atónita por un momento, y lanzando una mirada retadora apretó los labios. Mantuvo una mano sobre su vientre y expresó con firmeza:

Cuando dejes de mirar con ojos del mundo y comiences a mirar con el alma lo entenderás... Unas palabras simples y huecas que salen de la boca del hombre no son capaz de solucionar nada. En cambio —dio un paso hacia atrás—, las palabras que salen del corazón y del fondo del alma son las que transforman vidas e impulsan al hombre. Tú mejor que nadie debería de saber a qué me refiero.

Ian recordó que ella era capaz de impulsarlo hacer las cosas más complejas y difíciles de la vida y ante tal afirmación no tenía cómo contrariarla. Ella en cambio, se sintió lastimada por los sentimientos que expresó su marido y que se había atrevido a revelar.

—Ian, tú no eres capaz de sentir lo que yo siento —lo soltó dolida—. Y sé que no podrás comprender lo que hay en mi alma porque no hay en tu vientre un pequeño ser que se mueve y que vive a diario junto a ti. No, sé que no puedes entender —se encaminó hacia la ventana palpando su vientre plano—. Y si vas a seguir insistiendo en que cometa tal acto..., temo que lo mejor será que nos separemos.

Ian no deseaba separarse de mi madre, así que no insistió más en el tema y dejó que todo marchara como es debido.

Conforme pasaron los días y al cabo de un par de meses mi madre sufre un primer sangrado. Preocupada se pone en contacto con su ginecóloga, que por casualidad era precisamente su hermana mayor y que profesaba esa carrera. Mi tía afirmó que requería reposo absoluto si deseaba que se lograra su bebé. Ella obedeció su orden y se mantuvo en cama tal cual se

le había indicado.

Incluso manteniendo reposo los malestares se hicieron presentes. Molestias más, molestias menos. Hasta que un día el dolor fue tan intenso que fue a parar directamente a al hospital. El ginecólogo en turno trató de persuadir a mi madre para que interrumpiera el embarazo, pues declaró que su vida estaba en peligro si continuaba con él. Mi madre se negó rotundamente hacerlo he hizo caso omiso de sus aseveraciones. EL medicó creyó que no estaba en sus cabales así que habló con mi padre para que juntos persuadieran a mi madre. Sin embargo, ella se aferró a mí y se negó hacerlo. Antes... daría su vida con tal de verme vivir.

Pasó una semana en hospitalización y ningún médico logró persuadirla. Finalmente, después de varios estudios y medicamentos colocados por la intravenosa su estado mejoró y fue dada de alta. Los días posteriores a su recuperación lo mantuvo en casa y en cama. Con un crío de dos años a su costado y en espera de otro, sabía que eso no sería tarea fácil. Pero con ayuda de mi padre y de algunos familiares más llegó al final de su octavo mes.

Un 25 de mayo entró en labor de parto como eso de las seis de la tarde. Mi madre decidió darme a luz en la comodidad de mi hogar ya que contaba con un equipo de necesario; Ginecóloga, Pediatra y enfermera se habían contratado. Sabía que todo marcharía bien porque estaba más que preparada para eso, pues comprendía perfectamente a lo que se iba a enfrentar.

Todo marchó según lo planeado y se esperaba mi nacimiento después de medianoche. De repente, por la entrepierna de mi madre un pequeño ser asomó su cabecita. Indudablemente era yo. Comencé a emitir un llanto fuerte o eso fue lo que manifestó mi tía en cuanto salí de mi madre. Me colocaron sobre su cálido pecho y sin dudar me cogió entre sus manos. Con una mirada de dulzura me admiró de pies a cabeza regocijándose de pies a cabeza al tenerme en brazos. Mi padre se hallaba presente y fue él mismo quien cortó ese vínculo que aún seguía entre ella y yo. Mi madre con ternura me depositó un beso en la frente mientras mi padre nos miraba y dibujaba una sonrisa en los labios. Cuando el pediatra quiso retirarme de sus brazos, yo, me aferré a su batita.

—No quiere soltarle. —dijo el pediatra un poco risueño.

—Sí, aún quiere se parte de mí. —soltó mi madre.

Con una delicadeza me retiró el hombre y me recostó sobre el cambiador de pañales, con una rapidez retiró todos los excesos de agua y grasita corporal que se descubría sobre mi tez rojiza. Cuando hubo terminado, se



dejó percibir de inmediato mi piel suave y tersa.

—¿Qué es? —Preguntó mi padre.

—Una niña. —respondió el pediatra.

—¡Una niña! —exclamó con asombro mi madre.

—Sí, señora, es una hermosa niña.

—¡Te das cuenta, Ian! ¡Es una niña...!

—Sí, amor. Lo sé, también lo escuché.

—¡Oh, Ian!, lo que haré con ella; le compraré los vestiditos más hermosos del aparador, la peinaré como solía hacerlo mi madre conmigo y la cuidaré como la niña de mis ojos... ¡Estoy que no me lo creo! ¡Yo, una niña!

—Sí, Laila, yo nunca lo dudé. Aposté que sería una niñita aun cuando el médico dijo que sería un varón, mi madre me aseguró que sería una mujer cuando te palpó el vientre.

—Tu madre... Quién mejor que nadie para saber lo que sería, teniendo tantas hijas era indudable que no lo intuyera. Imaginé que solo lo decía porque anhelaba tener una nieta de ti.

—Pues ya vez que no. Tiene voz de profeta.

—Así es. —Y sonrió. Mirándome a lo lejos expresó: —¡Mi pequeña, mi chiquita, mi hermosa flor!

En ese instante unas palabras de angustia se escucharon por la habitación. La ginecóloga colocaba la mano entre la pierna de mi madre para detener la hemorragia que se venía suscitando.

—¡Oh, por Dios! No, no, no. Esto no puede estar pasando. —soltó la hermana.

—Mi padre la percibió muy angustiada y de inmediato indagó:

—¿Qué sucede?, ¿qué ocurre?

Un sangrado constante se descubría en cuanto ella retiraba la mano de su cavidad. —Eso... ¿eso es normal? —preguntó mi padre. Y asombrado contempló el rostro de la ginecóloga que reflejaba en sus pupilas lo

peligroso de la situación.

—¿Qué piensas? —dijo mi padre—. ¿Qué se tiene que hacer? ¡Dilo ya!

Mi tía estaba concentrada en lo suyo que no escuchó las palabras que salían de la boca de mi padre. Sabía que era lo que se podía hacer, pero estando en casa sabía que no se contaba con el material adecuado. Y mientras trataba de idear algo la voz de mi madre sonó.

—Tranquila, Samanta. Piensa... ¿qué tienes que hacer? Tú lo sabes, solo tienes que concentrarte.

La hermana no podía creer que su propia paciente le brindaba ánimos para continuar. Sabía que era lo que se requería; plaquetas, hemostasia y mucha, mucha suerte. Mientras hacía lo que estaba en sus manos mi padre la sujetó con firmeza y expresó.

—¡No te mueras, Laila...! ¡No me dejes! —y se abalanzó a ella. Recordó en ese instante que una de sus tías había perdido la vida al dar a luz a su primo Miguel, pues se había enterado de que una hemorragia interna fue la causante de arrebatarse la vida a su pariente favorito.

—Ian, no pretendo morir —lo expresó certeramente mientras contemplaba mi rostro desde lejos—. Tengo mucho que hacer y porque vivir.

Sinceramente no sé a qué se refería por “Tengo mucho que hacer y porque vivir...” ¿Sería acaso por mí?, ¿o por mi hermano mayor? ¿O podría ser que fuese por mi padre? Tal vez fuese por todos nosotros, pues yo nunca me he atrevido a preguntar.

—Tranquilo, Ian. Todo estará bien. Ya verás que en pocas horas saldremos de esta y estaremos los cuatro descansando en cama... Y por favor, —quiso apartarlo de sí—, deja ya de apretujarme que me lastimas.

Mi padre solo se apartó un poco mientras seguía sosteniendo una de sus manos. Y deslizándole la otra sobre su hermoso rostro no tardó en depositarle un beso tierno en sus finos labios.

Después de una hora, todo estuvo bajo control. Mi tía detuvo la hemorragia colocando un sinfín de medicamentos por la intravenosa. Durante una hora la mantuvo en vigilancia y al paso de los minutos su rostro se mostró sereno. El peligro había pasado. Como eso de las cuatro de la madrugada mi tía se retiró y mi padre se despidió de ella.

En aquel pequeño departamento, y en la habitación más grande y caliente, mi padre contemplaba a mi madre mientras esta me acorruca

en su regazo. En cuanto ella sintió su mirada, indagó:

—¿Qué sucede, Ian?

—¡No más hijos, Laila!, ¡ya no más! —sentenció casi a gritos.

Mi madre lo miró solo por un momento, y apartando el rostro de él asentó con la cabeza.

Al siguiente día un terrible reflujo se vino en mí. Laila angustiada sacó fuerzas no sé de dónde para ponerse en pie, pues estaba decidida en ser ella quien me trasladara al hospital.

—No, Laila —la detuvo mi padre— no te levantes. Estás muy débil. Es mejor que te quedes en casa a descansar, deja que yo la lleve.

—No, Ian —expresó con firmeza—, iré yo. Apártate de mí y deja que la lleve.

—Pero, Laila, si no eres capaz de mantenerte en pie.

—Claro que sí... Mira, estoy bien. ¿Lo ves...? —manteniéndose firme como roble frente a él—, no te preocupes, puedo hacerlo perfectamente.

—Eso es lo que crees tú, pero no lo parece. Mira lo pálida que se te ve. Por favor, deja que yo la lleve.

Mi madre hizo caso omiso a sus palabras y con decisión se apartó de su lado para tomarme en brazos y sacarme de mi cuna. Nada ni nadie impediría que me llevase. Apenas dio unos cuantos pasos por el pasillo cuando esta tambaleó. Sin embargo y con gran naturalidad se incorporó y al instante siguió andando. Mi padre no protestó más entonces la tomó del brazo, se encaminaron y la subió al auto. Como pudo llegó hasta el hospital en donde un grupo de médicos me atendieron. Una cosa de nada fue lo que tuve y en pocas horas todos regresamos a nuestro hogar.

Una tarde escuché a mi madre decirle a mi padre que quería tener otro bebé. Mi padre con los ojos muy abiertos señaló tajantemente que no. Yo por curiosidad indagué. Ella me narró todo lo acontecido en mi nacimiento; desde que estaba en su vientre hasta el momento en el que llegué al mundo y de todas las dificultades que se suscitaron ese día.

—¿Por qué lo hiciste, mamá? —cuestioné incrédula—. ¿Por qué expusiste tu vida por mí? No era necesario.

Ella me miró tiernamente, y, acomodando mi cabello por detrás de mi

oreja respondió.

—¡A caso no es obvio, corazón...! —se produjo un corto silencio—. Porque te quiero.

Yo me abrasé a ella con todas mis fuerzas y en ese silencio divino escuché el latir de su corazón, latía con un ritmo suave y sincero que en poco me produjo una serenidad infinita. Al escucharlo latir le susurré al oído.

—¿Lo harías de nuevo? —Sentí cómo meneaba la cabeza por la incredulidad de mis palabras. Y apartándome de ella y mirándome a los ojos expresó:

—Indudablemente, mi niña.

Nunca olvidaré esas palabras tan llenas de vida que me obligaron a ser lo que ahora soy. Cómo no dedicarle todos mis triunfos y trabajos a una mujer tan guerrera como lo es ella. Cómo negarme a ese acto tan sublime de amor incondicional a una mujer como lo soy yo...

Y ahora heme aquí, enfrente de una gran multitud de jóvenes que está a punto de graduarse del bachillerato, y en donde solo yo paso a ser una simple estudiante más...

—Bienvenidos jóvenes estudiantes y padres de familia a esta la última reunión escolar de la generación 2008-2011 —De inmediato se escuchó la viva voz de la directora que me trasladó de nuevo al presente—. Es para mí un honor ceder el micrófono a tan sobresaliente alumna del colegio que no solo ha traído prestigio a la escuela, sino que también a nuestro país. Ganadora de encuentro literario Interpretatorianos, además, ganadora de la olimpiada de conocimiento internacional y acreedora a una beca al extranjero. Démosle un fuerte aplauso a la señorita, Marihan Alcántara.

El foro inmediatamente se llenó de aplausos y con nerviosismo me puse en pie. Con un tono de voz suave y firme agradecí a la directora por ofrecerme tan solemnes palabras que jamás creí escuchar.

***Para mi mejor amiga. Espero lo haya expresado bien.***